

Thomas R. Kelly

UN TESTAMENTO DE DEVOCIÓN

Preparado y editado por Douglas V. Steere

Traducido por Vicente Beltrán Anglada

BARCELONA

1973

Índice general

Introducción	v
1. La Simplificación de la Vida	1
La verdadera razón de nuestra tendencia a la complejidad	1
Algunas antiguas formulaciones cuáqueras sobre la simplificación de la vida	3
La vida simplificada es la vida concentrada	4
Sobre la base de decir sí o no	5
Una santa obediencia	6
La bondad habitual no es suficiente	7
2. La Luz Interior	9
Coincidente inmersión en ambos niveles	9
La consciente guía de la mente más profunda	10
3. La Comunidad Bendita	13
4. El Eterno Ahora y la Responsabilidad Social	15
El sentido de la presencia, de ternura y responsabilidad que siguen a su despertar .	15

Introducción

A mitad de enero de 1941 (17 de enero), fallecía Thomas Raymond Kelly a la edad de cuarenta y siete años. Dejaba una viuda, una hija de trece años y un hijo que tenía cuatro, justamente los mismos que tenía Thomas Kelly cuando perdió a su padre. Después de la muerte de éste, Thomas fue criado por su animosa madre, que era cuáquera, la cual sostuvo a la familia vendiendo mantequilla y huevos en la granja en que vivían al suroeste de Ohío, cerca de Chillicothe, donde Thomas había nacido. Ella se mudó más cerca de Wilmington, Ohío, cuando él tenía diez años, a fin de que su hijo pudiese asistir a una buena escuela y hacerlo más tarde al Colegio local cuáquero que había allí.

En el Colegio Wellington se sintió Thomas interesado por las ciencias. Después de su graduación, fue al Colegio Haverford en Pensilvania, como lo hacían muchos graduados de los pequeños colegios cuáqueros del oeste en aquellos días, e ingresó en el curso superior con el propósito de estudiar química. Pero, en el Colegio Haverford, en 1913, rendido Thomas ante la subyugante influencia de aquel maestro que fue el fallecido Rufus M. Jones, decidió pronto seguir la carrera de filosofía, dentro de la cual tanto su interés por la Ciencia como su vehemente sed religiosa pudieron hallar un más profundo campo de investigación. Su avidez de conocimientos durante este año en Haverford no podría ser mejor ilustrada que en el apunte presentado por Rufus Jones, después de la muerte de Thomas Kelly, «... Estando él en Haverford como estudiante, hace veintiocho años, vino un día a mi casa profundamente impulsado por los excitantes acontecimientos de aquellos primeros días. Se hallaba sentado frente a mí y de pronto se levantó y con el rostro resplandeciente me dijo: “Voy a hacer de mi vida un milagro”».

Los años que siguieron fueron años activos de preparación y ensayo. Ellos hubieran podido influenciar la vida profundamente inteligente y espiritualmente sensitiva de cualquier joven cuáquero. Estuvo durante un tiempo enseñando en una academia cuáquera del Canadá, otro período lo pasó estudiando como Bachiller de Teología en el Seminario Teológico de Hartford, durante la primera guerra mundial prestó un año de servicio en Inglaterra entre los prisioneros de guerra alemanes, se casó luego con Lael Macy y consagró tres años más de intenso estudio en Hartford preparando su doctorado en Filosofía, y estuvo quince meses también prestando un pleno y eficaz servicio en el Nuevo Centro Cuáquero Internacional de Berlín.

Fue designado entonces para enseñar filosofía en el Colegio Earlham, de Indiana. Ahora, ya en plena madurez, se lanza al trabajo. La tarea habitual y las preocupaciones propias del puesto que ocupaba, habrían bastado para satisfacer las ansias de cualquier hombre en el

VI *Un Testamento de Devoción*

curso de su profesión, pero no de Thomas Kelly. Una arrebatadora y apasionada ansia de saber y de más amplios estudios que pudieran calificarle para un puesto en una Universidad principal, le hicieron tomar dinero prestado y le arrastró, junto con su adicta y leal esposa y su pequeña hija, Luisa, a la Universidad de Harvard, donde pasó dos años estudiando bajo la influencia de hombres prominentes, tales como A. N. Whitehead, Clarence I. Lewis y William E. Hocking. Durante este período pasó un año enseñando en el Colegio Wellesley, de Wellesley, Massachussetts. Empezó también la preparación de su único libro de filosofía publicado: *Explicación y Realidad en la Filosofía de Emilie Meyerson*, antes de retornar al Colegio Earlham por otros tres años, durante el más intenso período de depresión económica. Estando allí aceptó una invitación para enseñar en la Universidad de Hawai, lo cual le dio la oportunidad de satisfacer su permanente interés por el pensamiento y cultura orientales, y confiar que allí podría fortalecer su delicada salud. Pero, el clima idílico de Honolulu no le llevo ningún alivio. Sus cartas de aquel tiempo demuestran lo agradecido que estuvo de poder volver al continente un año más tarde cuando el Colegio Haverford, que siempre le había considerado como una especie de académico ideal, le ofreció un puesto de trabajo.

En Haverford, además de ser reconocido como profesor competente fue profundamente apreciado también como miembro del grupo cuáquero local y por las actividades cuáqueras hacia las cuales se sentía naturalmente vinculado. Su buen carácter y su naturaleza afable le atrajeron el afecto de sus colegas. A finales de otoño de 1937, Thomas Kelly enfrentó una aguda crisis en su vida personal, pasada la cual parece ser hubo un cambio total y una reorientación en su vida. Lo que le sucedió entonces probablemente nunca será conocido, pero las viejas estructuras en que vivía abismado fueron violentamente sacudidas y dejada de lado aquella tremenda ambición académica que hasta aquel momento le había arrastrado; una especie de abandonado cumplimiento había hecho su aparición. Esto se hizo patente muy pronto en su manera de hablar y de escribir. Yo mismo había dicho de él en otro escrito: «...era la misma voz, la misma pluma, la misma imaginación de siempre arremolinadas en sus escritos y por encima de todo ello una remarcable identidad de ideas religiosas. Pero él parecía estar expresándose ahora como alguien “que ha tenido una indiscutible experiencia” más que “una mera posesión de conocimiento”. Una nueva autoridad vino a marcar lo que él decía y la gente sentía como si una ola de irresistible autenticidad envolviese sus palabras». Unos pocos meses después de este período escribía Thomas Kelly a Rufus Jones: «La Realidad de la Presencia ha sido muy acusada en mí durante estos últimos tiempos. Ahora sé de primera mano el significado implícito en la vieja pregunta religiosa. ¿Ha sido afirmada y perfeccionada la verdad dentro de vosotros?» Durante aquel invierno y la siguiente primavera dio Thomas varias charlas religiosas. La más remarcable de ellas, «Santa Obediencia» fue impresa como lo había sido el «Discurso de William Penn», y como aquel fue profusamente leída y apreciada.

Una más acabada eclosión de este nuevo nivel se adueñó de él durante el verano de 1938, cuando con el régimen de Hitler en pleno auge y avanzando rápidamente el riesgo inevitable de la guerra, fue requerido por el Comité Americano de Servicio de los Amigos para volver a Alemania, después de trece años de ausencia, y visitar a los Amigos alemanes en sus hogares. Aceptó Thomas la invitación y su visita es recordada todavía como una inconmensurable bendición. El halló, especialmente en el sudoeste de Alemania, entre aquella atormentada y

esclavizada gente trabajadora, miembros de la Sociedad Alemana de los Amigos, un cálido movimiento espiritual que le enterneció y que penetró profundamente en todo cuanto él dijo y escribió durante los dos últimos años de su vida.

Un año más tarde, el 29 de agosto de 1939, escribió una carta a Lydia Neubrand, un miembro de aquellos Amigos alemanes. Esta carta llegó precisamente a mis manos por la amabilidad de Florence Kite. Cité esta coincidencia en la traducción que se hizo de la misma, porque revelaba la afición y preocupación que sentía Thomas por los Amigos alemanes. Vean la traducción:

«... hoy hace un año estuvimos todos juntos reunidos en Vaihingen, en el Reinhardt. El amor divino con el cual y dentro del cual estábamos unidos entonces como círculo de Amigos, se mantiene y continúa creciendo a pesar de la distancia, del tiempo y del espacio. Me siento estrechamente vinculado a todos vosotros y me siento en medio de vosotros en vuestros cultos y meditaciones... y durante los últimos días, a igual que las nubes cuando descienden envolviéndolo todo, yo estoy frecuentemente entre vosotros participando de vuestras plegarias.

»Hemos pasado la mayor parte de nuestras vacaciones aquí en Maine, en la profundidad del bosque de abetos que está sobre el mar, y en donde nos hallamos asombrosamente frescos, casi con frío. Hacemos una vida muy sencilla, casi primitiva, obligados a vivir en estrecho contacto con la Naturaleza. Tenemos una pequeña barca de vela y nos deleita ver como los deseos de los hombres y los vientos trabajan juntos. Es tan bueno someterse a las fuerzas de la Naturaleza como saber dominarlas. El espíritu de nuestro tiempo concede demasiado valor y pone demasiado énfasis sobre la conquista de la actividad; pero yo pienso que nosotros aprendemos también de la atenta escucha, de la confiada espera, de la serena expectación...»

»En fin, podemos decir que uno no es libre en tanto no ha experimentado la esclavitud de las cadenas del amor divino. En tal esclavitud el corazón canta, ¿no es así? Y dentro de tal esclavitud divina de amor se eleva triunfante la comunicación más profunda entre los hombres. La verdadera amistad está basada en el amor de Dios. Aquellos que viven y moran en El, viven y moran en el amor y los lazos del amor los mantienen unidos y compenetrados con los demás. Pero, no debo extenderme más, pues la tinta fluye más fácilmente cuando se habla de este tema...»

»Estad seguros de que estoy muy a menudo con vosotros en vuestras oraciones. Mis más profundos y calurosos votos para los amigos de Karlsruhe y Stuttgart. Con un especial agradecimiento por vuestro ardiente estímulo, me retiro vuestro... Thomas Kelly»

Fue en este verano pasado en Alemania cuando Thomas Kelly, arrodillado en la Catedral de Colonia, se sintió abrumado por el peso de la agonía y de los sufrimientos del mundo. Le pareció que aquellas vetustas piedras le aplastaban con el rigor de su estado de ánimo, hasta que de pronto se sintió reconfortado pues había reconocido que OTRO, más allá y por encima de él, participaba también de su lucha y sufrimiento. Cuando regresó a su casa desde Alemania, repetía constantemente y lleno de alegría a sus más íntimos amigos: «Es maravilloso. He sido literalmente fundido por el amor de Dios».

Los dos años que siguieron a su regreso de Alemania los pasó en el Colegio Haverford, donde estuvo estrechamente vinculado con un pequeño grupo de estudiantes a quienes reunía

VIII *Un Testamento de Devoción*

semanalmente en su casa para leer, orar y fraternizar. Su influencia en la vida de estos jóvenes no se extinguió con su muerte. Su enseñanza sobre filosofía, logrando incluir un nuevo Curso sobre Filosofía hindú y otro sobre filosofía china, fue editada después de su muerte. Como amigo y como colega de Thomas Kelly en los últimos tiempos de su vida, la mejor palabra que se me ocurre para describirles que él iba siendo cada vez más «sensible». Era un verdadero ídolo para su tierna hija, Luisa. Un día, después de finalizar el silencio de una reunión de culto en Haverford, le dijo a su madre que había pasado toda la hora del culto para decidir a quién ella podría amar más, mientras contemplaba a los cuáqueros más viejos que se hallaban sentados enfrente de ella. Después de una muy difícil elección había decidido que amaría a su papaíto primero, en segundo lugar a Dios, en tercero a Rufus Jones y en cuarto a J. Henry Bartlett.

En estos tres últimos tres años de su vida fue requerido Thomas Kelly para dar algunas conferencias de tipo religioso. La mayor parte de ellas aparecieron finalmente en «The Friend» (El Amigo), un periódico quacuáquero publicado en Filadelfia. Después de su muerte, el texto de estos discursos, junto con algunos otros temas sobre la vida espiritual, saturados todos ellos de espiritual testimonio, fueron publicados con una memoria biográfica como *Un Testamento de Devoción*. Nunca pudieron tener estos extractos la oportunidad de una revisión final, como seguramente Thomas Kelly hubiese preferido, caso de haber vivido, pero fueron impresos tal como él había hablado a los grupos que le habían invitado para estas conferencias. Es precisamente de este volumen que han sido seleccionados los artículos que les incluimos aquí en este pequeño folleto. Un folleto de Pendle Hill titulado «La Realidad del Mundo Espiritual», fue añadido a un resto de material que quedaba. *Un Testamento de Devoción* ha sido ya abundantemente impreso en América y en Inglaterra y está siendo traducido ahora en alemán, francés, sueco y español. Las cartas recibidas de casi todas las partes del mundo son elocuentes testimonios del impacto que este libro ha producido y como ha estimulado la vida espiritual de sus lectores.

Hay en estos escritos de Kelly una cualidad, una inequívoca insistencia sobre «el vivir aquí y ahora» en la verdadera presencia de Dios, que sólo puede ser comparada con *Práctica de la Presencia de Dios* de Brother Lawrence. Pero los escritos de Thomas Kelly tienen el valor de pertenecer a un contemporáneo nuestro, cuyo mundo es nuestro mundo y cuya vida estuvo enraizada en las mismas luchas que todavía enfrentamos nosotros.

He recibido, muchas cartas preguntándome como es psicológicamente posible llevar a cabo lo que Thomas Kelly dice de «vivir simultáneamente en el nivel mundano y en presencia de Dios». Yo, personalmente, no creo que ni Brother Lawrence ni Thomas Kelly estuviesen confusos ni equivocados lo más mínimo cuando se referían a sus experiencias. Ambos insisten en que ante la perspectiva de un firme amor y gratitud hacia Dios, todo lo demás puede ser posible y llevado a cabo actualizado idéntico límite de concentrada atención. Pues, cuando uno ama no está necesaria y extensivamente pensando en la amada; no obstante, ella está allí constantemente prestando su calor, su luz y su vida a todo cuando uno hace. Cuando dando un momento de tregua a nuestra tarea externa pensamos en la persona amada, ella nos hace sentir su presencia y nos sentimos agradecidos y reconfortados. Lo mismo ocurre en momentos de gran aflicción y tristeza. Su hábito nos acompaña siempre. Un viejo santo hindú da idéntico consejo: «Hacer consecuentemente vuestros trabajos, pero mantened vuestra mente

en Dios. Esposa, hijos padre y madre están en todas las cosas; amarlas y servir las es reflejar el amor hacia nosotros. La tortuga nada dentro las aguas del lago, pero su mente está fija en los bancos de arena, allí donde puso sus huevos. Así pues, haced todo el trabajo del mundo, pero mantened vuestra mente fija en Dios».

Las instrucciones que dio Thomas Kelly para abrir un canal dentro de la mente subconsciente que diese paso al fluir de la ininterrumpida corriente interna de este sentido de la presencia de Dios, es sorprendentemente similar a lo que aconseja la obra espiritual clásica de la Ortodoxia Rusa: *El Camino del Peregrino*. Se trata de un camino en el que muchos han hallado ayuda. Pero, en tal clase de guía no hay términos absolutos. El asno puede ser apeado para someterle o llevado suavemente con una mano mostrándole con la otra el alimento que más le gusta. Aquí el sistema más experimental es el que Thomas Kelly había siempre adoptado. El se daba cuenta que era arrastrado hacia el nivel final de su ardiente búsqueda, por su necesidad de enfrentar el abismo existente entre él y la desbordante vida de Dios, de una manera a la vez tan imprescindible como impreparable. Pero, el testimonio de Su guía no se detiene ante aspectos peculiares. No puede en ningún caso defenderse de la misteriosa actividad de Dios. Desciende pues a las inescrutables profundidades del poder y gloria presentes de Dios y renuncia a toda religión que no se decida a penetrar y a participar del divino regocijo «aquí y ahora». Para él la religión no es un pasado posible sino un imperativo presente. Este testimonio se abre paso a través de todas las líneas descriptivas y nos habla de aquello que él ha conocido, vivido y experimentado. Thomas Kelly enfrenta el reto de «vivir íntegramente en ambos mundos» y no disimula lo mucho que ello le cuesta. «Somos nuestra propia realidad», declara, y sus palabras harán todavía más atrayente el significado de su mensaje: «Apresúrate hacia AQUEL que habla en el silencio de tu corazón».

El editor ha puesto en letra bastardilla las seis plegarias de *Un Testamento de Devoción*, para que resalten en la totalidad del texto.

DOUGLAS V. STEERE
Haverford, Pensilvania

Capítulo 1

La Simplificación de la Vida

El problema que enfrentamos actualmente precisa de muy poco tiempo para ser enunciado. Basta reconocer únicamente que vivimos en constante tensión, abrumados y oprimidos por el peso del conjunto ambiental, casi sin aliento, precipitadamente y jadeantes a través de un ininterrumpido programa de órdenes y de acuerdos. Vivimos demasiado ocupados para poder ser buenas esposas o buenos maridos, buenos camaradas de nuestros hijos, buenos amigos de nuestros amigos. . . nos falta tiempo para ser amigos de los desamparados. Pero, por otra parte, si nos aislamos de los negocios y de los intereses mundanos para poder disponer de algunas horas de quietud en el seno de la familia, un sentido de culpabilidad nos invade y nos obliga a escuchar aquel sordo murmullo que el espíritu de ciudadanía lleva a nuestros oídos. Debemos ciertamente podar el árbol de nuestra vida, pero no podemos aplicar las tijeras con una precipitación que podría resultar cruel, sino después de haber pensado mucho sobre el árbol, sobre el lugar donde se halla emplazado y sobre la circulante savia que le da vida.

Creo que le estamos dando una falsa explicación a la complejidad de nuestras vidas. Culparamos de ella a la multiplicidad de cuanto nos rodea. Pero ello no es cierto, Yo, por ejemplo, he vivido durante un año en los mares del sur, allí en los trópicos, donde la vida se desliza en una cómoda y placentera holganza. Pero he podido comprobar que los americanos que allí residen llevan una vida tan presurosa y agitada como la que se lleva en las grandes ciudades. Pienso pues que la complejidad de nuestro programa de vida no debe ser achacada a la complejidad de nuestro ambiente, como todos estamos dispuestos a admitir. Si bien lo examinamos no podemos simplificar nuestra vida con la mera simplificación de cuanto nos rodea.

La verdadera razón de nuestra tendencia a la complejidad

Yo diría que la explicación verdadera de la complejidad de nuestro programa de vida y de trabajo es de orden interno y no externo. La atención hacia nuestros intereses materiales denota falta de integración interior en nuestras vidas. Es decir, estamos tratando de ser diferentes a nosotros mismos, sin saber que existe dentro de nosotros una Entidad, una Vida original que ocultamente nos guía y nos gobierna. El [problema] reside en que cada uno de

2 *Un Testamento de Devoción*

nosotros tiende a no ser una sola cosa, sino una multiplicidad de cosas dentro de sí mismo. Así dividimos la vida en términos de vida cívica, vida familiar, vida financiera, vida religiosa, vida de nuestra sociedad, vida profesional, vida literaria, etcétera.

Y viviendo así, infelices, inquietos, en tensión, oprimidos y temerosos de todo, lógicamente somos superficiales. Y no obstante, de los márgenes de esta inquieta vida se eleva un suave murmullo, un delicado susurro, la premonición de una vida más rica que la que conocemos, que la que estamos viviendo. Intuimos que existe una forma de vida más vasta que la que revela nuestra inquieta y apresurada existencia, una vida de paz, poder y expectación serena. ¡Ah, si pudiésemos penetrar en el íntimo retiro de este Centro, si pudiésemos oír aquel Silencio que es fuente de todo sonido! Todos hemos visto y conocido personas que parecen haber encontrado este viviente y profundo Centro en donde todas las cosas de la vida parecen estar refundidas, en donde tanto un NO como un SI pueden ser formulados con toda confianza. Hemos conocido a personas cuya vida demuestra integración, despreocupación ante la confusión de las estrechas decisiones; tranquilidad y contento dentro de un hálito de frescor y positivismo. A estas personas no les gusta perder el tiempo ni enfrascarse en lunáticas meditaciones: están preocupadas únicamente en llevar el fardo de su vida lo mejor que pueden, soportando pacientemente su peso sobre los hombros, con silencioso regocijo y paso seguro. Las dificultades de su vida han sido confinadas dentro de un aura de infinita paz, poder y alegría. Así como nosotros estamos soportando nuestra vida con esfuerzos y tensiones, ellas parecen vivir tranquilas y en paz.

Para que la vida tenga significado ha de ser vivida desde el Centro, desde el divino Centro. Hay una divina profundidad dentro de nosotros, un Santo e infinito Centro, un Corazón, una Vida que habla en nosotros y a través de nosotros para todo el mundo. Todos hemos oído alguna vez este inmaculado susurro. A veces hemos intentado seguir este suave murmullo, este asombroso equilibrio de vida, esta maravillosa efectividad de viviente fluir interno. Pero, no obstante, pocos, muy pocos de nosotros, han puesto atención a las insinuaciones de esta Voz. Sólo alguna que otra vez nos hemos sometido a su santa Guía. No nos hemos detenido a pensar que esta Santa Cosa en nosotros es la más preciosa cosa del mundo. No hemos renunciado a todo lo demás para confiar en esto solamente, la mayoría de nosotros no ha renunciado a las demás cosas para poder escuchar la Sagrada Voz Interna. John Woolman lo hizo. Por ello decidió ordenar sus asuntos externos de manera que pudiese estar en todo momento atento a esa Voz. . . Nada contaba realmente para él tanto como el cuidado hacia esta Raíz de toda vida que había hallado dentro de sí. . . Nunca dejó John Woolman que sus negocios crecieran más allá del límite de sus verdaderas necesidades. Cuando a él acudían demasiados clientes, los enviaba a otros comerciantes y sastres más necesitados. Su vida externa fue simplificada así sobre la base de una integración interna. El se dio cuenta de que toda la humanidad, hombres y mujeres son «celestiales», y renunciando a todo, se entregó entera e irreservadamente a esta Santa Guía, manteniéndose ardiente y estrechamente unido al Centro. . .

Lo sepamos o no todos somos sostenidos por la atenta y silenciosa observación del Sagrado Uno. Y en ese Centro, en ese Abismo de nuestro Ser, donde mora lo Eterno, nuestro programa de vida, nuestras ofrendas a El, nuestros servicios, nuestros deberes cumplimentados, etc., son revisados una y otra vez en su verdadero valor. Muchas de las cosas que estamos reali-

zando nos parecen muy importantes. No hemos sido capaces de decir ¡NO! A todas ellas, precisamente porque nos parecen tan importantes. Pero, si nos aquietamos y «llegamos al Centro», tal como dice la vieja frase, y vivimos en este Santo Silencio más importante que la propia existencia, y tomamos nuestros programas de vida desde el silencioso retiro de nuestro corazón, con toda sinceridad, dispuestos a hacer y dispuestos a renunciar de acuerdo con aquella Santa Guía, es posible entonces que muchas de las cosas que estamos haciendo pierdan valor para nosotros. Quisiera testimoniar este punto como una experiencia personal, con toda buena intención ofrecida. Debemos hacer una completa reevaluación de mucho de lo que hacemos o tratamos de hacer para saber que es lo que realmente debemos hacer y a qué debemos renunciar.

PLEGARIA

¡Oh, Dios! Llévanos de la vida superficial en donde hemos estado viviendo al interior del centro. Llévanos de la preocupación de nuestro auto contentamiento a tu Santa Presencia donde deseemos únicamente guardarte fidelidad. Libéranos de nuestras apetencias para que puedas darte a nosotros. Porque en Tu presencia lo complejo se vuelve sencillo y las apremiantes actividades puedan con buena voluntad hacernos vivir de manera tan simple que con poco tengamos suficiente. Amén.

Algunas antiguas formulaciones cuáqueras sobre la simplificación de la vida

¿Queréis vivir en tal maravillosa Presencia divina que la vida sea transformada, transfigurada y convertida en paz, gloria y milagro? Si de veras queréis podéis hacerlo. Pero, si decidís, . . .yo no tengo tiempo para practicar los silencios que son requeridos, solamente puedo decir: «Entonces es que realmente no queréis, es que no amáis a Dios más que a otra cosa en el mundo, con todo el corazón, toda la mente y todas las fuerzas». Pues, excepto en aquellos dolorosos períodos de enfermedad y tribulación en la familia, cuando los hijos son pequeños o cuando la terrible opresión de los acontecimientos se abate sobre nosotros, siempre hay tiempo para hacer aquello que realmente queremos hacer. . .

¿Queréis realmente vivir vuestras vidas en Su Presencia? ¿Lo deseáis e imploráis con vehemencia? ¿Amáis Su Presencia? ¿La amáis con cada una de las gotas de sangre de vuestro cuerpo? ¿Cantáis y danzáis dentro de vosotros, como en la gloria de su Amor? ¿Habéis decidido que sea ÉL y solamente ÉL quien os acompañe en todo momento dentro de una Santa Obediencia? Sé que estoy hablando como un evangelista de los tiempos pasados. Pero, no puedo ayudar ni me atrevería a hacerlo si me restringiera a mí mismo y acatara lo repulido y convencional. Hemos vivido demasiado tiempo reprimidos y con afectación adornados. Los fuegos del amor de Dios, de nuestro amor hacia Dios y de Su amor a nosotros han de ser muy vivos. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu alma, toda tu mente y todas tus fuerzas». Esta es la regla. Pero, ¿amamos realmente así? ¿Está el amor de Dios permanentemente en nuestras mentes, durante todo el día?... ¿Introducimos en nuestro trabajo algunas

4 *Un Testamento de Devoción*

serenas plegarias y alabanzas para ÉL? ¿Vivimos en la permanente Paz de Dios... allí donde toda tensión ha desaparecido y donde Dios se erige como vencedor del mundo y de nuestras debilidades? Esta vida, esta morada de ininterrumpida paz que nunca mengua, este sereno poder, esta conquista sin premuras, este adueñamiento interno de nosotros mismos, este dominio sobre el mundo, significa SER NOSOTROS... Es una vida libre de prisas, tensiones y ansiedades, porque algo de la Cósmica Paciencia de Dios deviene nuestra. ¿Son nuestras vidas tan libres porque están firmemente asentadas sobre un lecho de roca, erigidas sobre el Amor de Dios? Tal es el primero y el más grande de los mandamientos...

Yo creo que nuestro verdadero problema, nuestro fracaso en el intento de descender al Centro, no es la falta de tiempo; en la mayoría de nosotros es la falta de alegría, de entusiasta complacencia en ÉL, es la falta de un profundo amor dirigido hacia ÉL en todos los momentos, a todas horas, durante el día y por la noche.

La vida simplificada es la vida concentrada

Creo que aparecerá claro que os estoy hablando acerca de un modo de vida revolucionario. La religión no es algo que ha de ser añadido a nuestros otros deberes y hacer así nuestras vidas todavía más complejas. La vida con Dios es el centro de la vida y todo lo demás ha de ser remodelado e integrado por ese Centro...

Hay pues un camino de vida tan íntimo de Cristo en Dios, que en medio de los asuntos cotidianos uno puede sentirse interiormente elevado por breves plegarias, cortas jaculatorias de alabanza, suaves susurros de adoración y de tierno amor hacia aquel Allende nosotros mismos que está dentro. No es necesario que nadie lo sepa. Yo os hablo solamente de una sagrada verdad que no es mía pero que debe ser ofrecida a los demás. Se puede vivir en un íntimo y continuado estado de silenciosa plegaria dirigida a Dios, a cuantos nos rodean y a todas aquellas cosas que guardamos en el corazón. Pero, no hay prisa para alcanzar todo ello; se trata de una vida inexplicable llena de gloria, de un interno mundo de esplendor dentro del cual nosotros, aunque al parecer indignos, podemos vivir. Algunos de vosotros conocéis esto y vivís quizás de esta manera, otros podéis luchar ansiosamente por conseguirlo y podéis alcanzarlo.

Ahora bien, desde este sagrado Centro vienen las facultades de vida. Nuestra asociación con Dios se derrama sobre nuestras preocupaciones mundiales. Pues no podemos mantener el amor de Dios únicamente para nosotros mismos. ÉL fluye a través de nosotros. ÉL nos incita y nos apremia. ÉL nos muestra en forma renovada las necesidades del mundo. Amamos así a las gentes y nos aflige verlas ciegas cuando deberían estar viendo, adormecidas por todas las comodidades del mundo cuando podrían estar despiertas y vivir renunciando, aceptando los bienes del mundo como un derecho, cuando deberían aceptarlas realmente como algo que se les ha confiado, como un depósito o crédito temporal. Es debido a que de lo profundo del sagrado Centro amamos a las gentes con un nuevo amor y al prójimo como a nosotros mismos, que somos llamados a ser mediadores de su despertar. La más profunda necesidad de los hombres no es el alimento, el vestido o el albergue, por importantes que sean. Es Dios. Hemos mixtificado la cualidad natural de la pobreza y hemos pensado que se trataba de

pobreza económica. Pero no, se trata de pobreza del alma, de privación de complacencia en Dios, de ausencia de amorosa paz. Escudriñad sino dentro de la pobreza y ved si estamos descendiendo a las más profundas necesidades en nuestros esquemas de salvación económica. Tales esquemas son indudablemente importantes. Pero ellos se hallan en etapas más lejanas a lo largo del camino, son pasos secundarios hacia la reconstrucción del mundo. El primer paso es una vida santa, transformada y radiante dentro de la Gloria de Dios. . . Pero, interroguémonos sobre este punto. ¿Queremos ayudar a las gentes porque sentimos compasión por ellas o porque realmente las amamos? Pues, es indudable que el mundo precisa algo más que piedad, necesita amor (una frase muy gastada y sin embargo muy real). Y respecto a nuestro amor hacia los demás, ¿debemos ser tan profundamente ambiciosos que intentamos contener y abarcar todas las personas y todas las tareas dentro de nuestra amorosa responsabilidad? NO, pues esta tarea omniabarcante es una función de Dios. Pero ÉL, trabajando silenciosamente en nuestro interior, nos va mostrando las porciones de Su vastísima empresa que cada uno de nosotros es capaz de realizar. Y esta es nuestra humilde y verdadera tarea.

Sobre la base de decir sí o no

Cuando decimos Si o No a las llamadas del servicio sobre la base de impetuosas o temerarias decisiones, debemos darnos razones a nosotros mismos y dárselas a los demás. Pero cuando decimos Si o No a estas llamadas, sobre la base de una interna guía y de los insinuantes impulsos que provienen del Centro de nuestra vida, o sobre la base de una carencia absoluta de esta guía interna para poder responder a la llamada no tenemos razón alguna que dar excepto una, la Voluntad de Dios, tal como nosotros la podemos interpretar. En tal caso, nosotros hemos empezado a vivir bajo guía. Y nos damos cuenta que ÉL nunca nos guía cuando estamos bajo la tremenda confusión de las febriles agitaciones. La Paciencia Cósmica se convierte así en parte de nuestra paciencia personal, pues en última instancia es Dios quien se halla en el trabajo del mundo. Y nos damos cuenta por ello que no somos nosotros solos quienes debemos trabajar en el mundo tratando frenéticamente de ultimar un trabajo para ofrecérselo a Dios.

La vida que proviene del Centro es una vida tranquila de paz y de poder. Es sencilla, serena, maravillosa, triunfante y radiante. Carece de tiempo, sin embargo, ella ocupa todo nuestro tiempo. Así, ella hace nuevos y más atrayentes nuestros programas de vida. No precisamos de inútiles frenesís; Ella lleva el timón. Y cuando nuestro pequeño día ha concluido, podemos descansar en paz y quietud, pues todo ha sido bien realizado.

PLEGARIA

Padre nuestro, ayúdanos a recordar tu paternal ternura en cada momento de este día y mantén nuestros corazones bien henchidos de gratitud por Tu infinita complacencia. Intensifica Tu guía y Tus consejos en nuestros corazones hasta que su claridad no pueda ser desvirtuada, e inclina nuestra voluntad hacia ellos. Que un nuevo amor nos hermane con las almas de quienes nos rodean y danos paciencia para persistir en tal intento. Enciende en nosotros tal vehemente anhelo por Ti que su fuego ilumine cada una de nuestras obras. Amén.

Una santa obediencia

Meister Eckhart había escrito: «Hay muchos que solo siguen a medias a Nuestro Señor olvidando la otra mitad. Ellos renunciarán a posesiones, amigos y honores, pero están demasiado íntimamente apegados a sí mismos para poder renunciar a sí mismos». Es precisamente esta maravillosa vida de entrega total que debe ser voluntariamente seguida para restituirla a ÉL la otra mitad, esta sincera renuncia de sí mismo, esta vida que entraña completa obediencia sin ninguna clase de reserva, la que yo os propongo que sigáis, con toda humildad, con toda intrepidez, con seriedad absoluta. Quiero significar literal, entera y cabalmente, y esta significación es aplicable tanto para vosotros como para mí, que nuestras vidas han de entregarse irreservadamente a ÉL. . .

El primer paso hacia la obediencia de la segunda mitad es la llameante visión de tal maravillosa vida. Estoy convencido que esta visión de una vida absolutamente santa es la progresiva, apremiante y persuasiva invitación al trabajo del Eterno Uno. . .

Una vez adquirida la visión, el paso siguiente hacia la santa obediencia es éste: Empezad donde estéis. Vivid este momento presente, esta hora presente. . . con entera sumisión y entrega a ÉL. Escuchad externamente estas palabras, pero dentro, detrás de las escenas, en el nivel profundo de vuestras vidas, allí donde estáis a solas con Dios, el amoroso y eterno Uno, mantened esta silenciosa plegaria: «Abre mi vida Señor. Guía mis pensamientos hacia allí donde yo no me atrevo a llevarlos. Pero Tú puedes atreverte dentro de mí, Señor. Que Tu voluntad sea hecha». Pasead por las calles y hablad con los amigos, pero en todo momento, detrás de todas las escenas, permaneced en oración, ofreciéndoos en constante obediencia. Pienso que esta vida de continua plegaria interna es absolutamente esencial. Puede ser llevada en todo momento, durante el día y la noche, en el devenir de los negocios materiales, en el hogar, en la escuela. ¡Puede ser tan sencilla tal plegaria de sumisión! Sería bueno utilizar una frase sencilla como esta, repetida una y otra vez: «Que Tu voluntad sea la mía», «Que Tu voluntad sea la mía», o «Me ofrezco enteramente a Tí», «Me ofrezco enteramente a tí», o «Veo la tierra a través del Cielo», «Veo la tierra a través del Cielo».

Y el tercer paso en pos de la santa obediencia, o un consejo digno de ser seguido, es éste: «Si resbalas, si tropiezas u olvidas a Dios aunque sea sólo durante una hora, si afirmas tu antigua soberbia y confías solamente en tu propio discernimiento, no malgastes el tiempo en inútiles lamentaciones o en auto-acusaciones, sino empieza de nuevo, justamente allí donde estés, donde te halles».

Hay todavía una cuarta consideración respecto a la santa obediencia, y es ésta: «No rechines los dientes ni aprietes los puños» y digas, «Yo quiero», «Yo quiero», sino relájate. No actúes. Somete tu voluntad a Dios. Aprende a vivir en voz pasiva —un duro decir para los americanos— y deja que la vida actúe a través de tí. Pues decir «Yo quiero» implica «no obediencia».

La bondad habitual no es suficiente

Pero, ¡cuán escurridizo y astuto es nuestro amor propio! Nuestra erudición se desliza en lo íntimo de nuestros sermones con una hábil cita de textos que nada añaden a la gloria de Dios, pero sí a la nuestra. Nuestra habilidad en los pugilatos financieros conduce, como hacen muchos ilusos, a la mera conquista de dinero. Nuestro deseo de ser conocidos y considerados por los demás, de recibir constantes muestras de asentimiento, está en la base profunda de nuestras acciones... Sí, e incluso la ostentación de la propia humildad es el más engañoso de nuestros males... Plena obediencia que nace del olvido de sí mismo. Debo confesar, de acuerdo con el humano juicio de los hechos, que las tareas mundiales que estamos enfrentando actualmente son aterradoras, casi desesperanzadoras. Sólo la interna visión, la irreservada sumisión del alma y la eterna humildad, pueden someter y quebrantar el furioso orgullo y ansias de poder de un mundo falto de juicio.

Dios inflama el alma con una ardiente e insaciable anhelo de pureza absoluta. Se siente así el ardor por la entera inocencia y santidad de la vida personal. El hombre no puede mirar hacia Dios y vivir al propio tiempo en sus propios vicios y defectos, a la sombra de sus pequeñas e íntimas falsedades. Este ha sido para mí un asombroso e inesperado principio fundamental. En estos días de tantas preocupaciones por la justicia social, mis palabras pueden sonar como de retorno a los ideales medievales de santidad y purificación del alma. Nuestros héroes religiosos de estos tiempos modernos de evangelismo social se sientan hoy frente a una compleja red de teléfonos, en confortables y bien equipadas oficinas y con líneas telegráficas que les conectan con Washington, Londres, Tokio o Berlín. Y esta es una necesidad, una desesperada necesidad del mundo moderno. No obstante, en la búsqueda de la experiencia de Dios surge constantemente este insistente, imperativo y glorioso anhelo del ser interno de mostrarse absolutamente inmaculado ante ÉL.

No, la bondad corriente no basta, no es suficiente la capacidad actual de nuestras vidas en bien de nuestros semejantes, es preciso un modelo de vida inexorable e implacable. No hay bastante con lo relativo, sólo lo absoluto satisface la confianza del alma y la lleva a la santa obediencia. Absoluta honestidad, absoluta nobleza, autocontrol absoluto, incansable paciencia y reflexión en medio de la enmarañada fricción de hombre y despacho, de escuela y tienda...

Uno regresa de Europa (1938), con los oídos llenos todavía de trágicas lamentaciones y la buena intención guía estas palabras: «...no os dejéis engañar por la seguridad que parecen procuraros vuestros soleados cielos. Pues cuando caen las impetuosas lluvias y se desbordan los ríos, cuando soplan los vientos y se abaten sobre vuestros hogares, sobre vuestra familia, sobre vuestras doradas esperanzas, sobre vuestra propia carne, vuestro cuerpo y sobre la propia alma, entonces es demasiado tarde para poder volver a construir un nuevo hogar. Sólo podéis dirigiros entonces hacia dentro, hacia aquel hogar que todos tenemos, levantado sobre la Roca, y orar allí. No os dejéis engañar por la distancia que nace del tiempo y del espacio, o por la falsa seguridad que os presta una cuenta en el banco, un flamante automóvil o porque disfrutáis de buena salud y tenéis unos fuertes brazos dispuestos a trabajar. Miles de personas, quizás millones, tan buenos como vosotros, han tenido todas estas cosas y están muriendo ahora en cuerpo, y lo que es peor todavía, en alma también». Una solemnidad

8 *Un Testamento de Devoción*

terrible planea sobre la tierra, porque el último vestigio de humana seguridad sobre ella ha desaparecido. Y, no obstante, así ha sido siempre. Lo han dicho y repetido las religiones de todos los tiempos, pero nosotros nunca hemos hecho caso de estas advertencias. . . El camino de la santa obediencia conduce al corazón de Dios y se extiende a través del Valle de las Sombras. . . No me atrevo a incitaros hacia vuestra cruz. Pero ÉL, cada vez más poderosamente, habla dentro de vosotros y de mí. . . y nos inquieta y atormenta mostrándonos las necesidades del mundo. Sus íntimas persuasiones nos impelen hacia humildes pero muy definidas tareas, nuestras tareas; el peso del corazón de Dios se descarga así en nuestros corazones. Y ÉL nos recompensa con la real evidencia de la fe, con el clarividente ojo del alma sensibilizada y con la gracia de la inquebrantable obediencia. Nos damos cuenta entonces de que no existen empresas grandes ni pequeñas, sino a la empresa que a cada cual corresponde, la mía, la de mis semejantes y la de la propia eternidad.

PLEGARIA

Danos, Amado Señor, la inflamada visión de esta vida de obediencia a TÍ. Quema, reseca y cauteriza sin cesar las complacientes y letárgicas normas de conducta que hemos utilizado hasta aquí para penetrar en nosotros e indúcenos a construir un nuevo anhelo lo suficientemente poderoso para servir de cauce a Tu infinito Amor y Poder. Abre mi vida y guía mis pensamientos hacia donde yo no me atrevo a llevarlos. Pero, TÚ, atrévete en mí, Señor, para que Tu Voluntad sea hecha. Amén.

Capítulo 2

La Luz Interior

Coincidente inmersión en ambos niveles

Meister Eckhart había también escrito: «El mismo estado de espíritu que mantienes en la iglesia o en tu celda debes llevarlo al mundo alborotado y caprichoso». En lo más profundo de nosotros se halla el maravilloso santuario interno del alma, un lugar santo donde clama una silenciosa Voz; es un Centro divino al que podemos retornar constantemente. La Eternidad está en nuestros corazones haciendo presión sobre cada uno de los instantes de nuestra vida, inflamándonos con cálidas insinuaciones que nos hablan de nuestro asombroso destino, del hogar eterno dentro de nosotros. Atender estas cálidas insinuaciones y entregarnos alegremente en cuerpo y alma, plena e íntegramente a la Luz interior, es el principio de la verdadera vida. Es un Centro lleno de dinamismo. Es una Luz íntima que ilumina la Faz de Dios y arroja nuevas sombras y nuevas glorias sobre la faz de los hombres. Es una semilla que nos incita a vivir si no le ofrecemos resistencia. Es la cámara secreta del alma, de la Presencia en el medio. Y es allí donde se halla durmiendo el Cristo esperando que le despertemos y lo convirtamos en el alma con que debemos revestir toda forma de actividad externa. Y este Cristo está dentro de todos nosotros. . .

Desde allí se nos incita a formas internas de comportamiento que nos mantengan en perpétua adoración, aun cuando estemos muy ocupados en el mundo de los asuntos cotidianos. Se nos está urgiendo desde allí a prácticas internas de la mente en sus más profundos niveles, conduciendo sus oscilaciones, como una brújula hacia la estrella polar del alma. Y, al igual que la brújula, la Luz interna se convierte paulatinamente en la verdadera guía de la vida, mostrándonos nuevos e insospechados defectos en nosotros y en quienes nos rodean, mostrándonos también nuevas e insospechables posibilidades dentro del poder y de la vida de buena voluntad entre los hombres. Entregaos pues a esta Luz que está más allá y por encima y es mucho mejor maestro que estas sencillas palabras externas, y habréis hallado a vuestro propio Instructor, de quien estas palabras son sólo un ténue y casi inaudible eco. . .

Hay pues un camino de ordenación mental que actúa en más de un nivel simultáneamente. En un nivel podemos estar pensando, discutiendo, viendo, calculando, reuniendo todas las humanas sollicitaciones frutos del vivir externo. Pero dentro, en lo profundo de nosotros, detrás del escenario, en el más hondo nivel, podemos permanecer en oración y plegaria, en

10 *Un Testamento de Devoción*

canto y en culto, en recepción serena de la inspiración divina.

El mundo secular de hoy valoriza y cultiva solamente el primer nivel, seguro de que es allí donde ha de encontrar los verdaderos objetivos de la humanidad y desprecia o se ríe, dentro de una tolerante complacencia, del cultivo del segundo nivel una empresa demasiado lujosa, a su entender, un vestigio de antigua superstición, o una ocupación sólo para temperamentos especiales. No obstante, dentro de una cultura profundamente religiosa, saben los hombres que el profundo nivel de plegaria y expectación divina es la cosa más importante del mundo. Porque es precisamente en este nivel donde se asientan y se determinan las verdaderas razones de la vida. La mente secular es una abreviada o fragmentada mente que sólo constituye una pequeña parte de la naturaleza del hombre y se descuida negligentemente la otra parte, la más gloriosa tanto en poderes como en recursos y facultades. La mente religiosa envuelve el conjunto del hombre, abraza sus relaciones con el tiempo, pero se halla firmemente asentada en los profundísimos cimientos del Amado Interno.

Aunque entre ambos niveles existe una recíproca y fructífera relación, el acento ha de ser depositado constantemente sobre el nivel más profundo, donde el alma mora perpetuamente en presencia del Sagrado Uno. Para el hombre realmente espiritual la constante es llevar siempre todos los asuntos del primer nivel ante la Luz, manteniéndolos lo mismo que a todos los seres y demás cosas del mundo, de nueva y más distinta manera, y respondiendo a todo este conjunto con los espontáneos, incisivos y sencillos caminos marcados por el amor y por la fe. . .

La consciente guía de la mente más profunda

Empezad ahora, mientras sentados en vuestras sillas estáis leyendo estas palabras, a ofrecer totalmente y con gozoso abandono, en quietud y alegre renuncia, a Aquel que está en lo interno. En serena jaculatoria de alabanza, volvéos en humilde adoración hacia la Luz, aunque sólo la percibáis débilmente. Mantened así el contacto con el mundo externo de sentidos y significados, pues no se trata de una disciplina ausente de obligaciones. Conversad, pasead, trabajad y reíd con vuestros amigos. Pero, tras de las escenas, mantened una elevada y sencilla vida de oración y culto interior. Mantenedla durante todo el día. Dejad que la oración interna sea vuestro último acto antes de acostaros y el primero cuando os despertéis. Os daréis cuenta con el tiempo, tal como decía Brother Lawrence, que «aquellos a quienes empujan los vientos del Espíritu Santo, avanzan aunque estén durmiendo».

Los primeros días, y meses son difíciles y penosos, pero enormemente retributivos. Difíciles, porque exigen constante esfuerzo y vigilancia y reafirmación de la voluntad en el primer nivel. Penosos, porque sus lapsos son muy frecuentes y en estos intervalos es cuando nos olvidamos de ÉL. Enormemente retributivos, porque hemos empezado a vivir. Pero, estas semanas, estos meses, y quizás también estos años, deben transcurrir antes de que ÉL nos ofrezca una más elevada y suave morada cerca de Sí mismo.

Los lapsos y los olvidos son así muy frecuentes pues los ambientes que nos circundan son excitantes y nuestras ocupaciones cada vez más exigentes. Pero, cuando nos hallemos de nuevo a nosotros mismos no perdamos el tiempo en vanas autorecriminaciones, sino exhalamos

una silenciosa plegaria por nuestro olvido y empecemos de nuevo, justamente allí donde nos encontremos. Ofrecedle esta interrumpida oración a ÉL y decidle: «Esto es lo que yo soy, a menos que Tú me ayudes». No admitáis el desaliento, mas retornad siempre silenciosamente a ÉL y permaneced expectantes en Su presencia. . .

No existe otra nueva técnica para penetrar en esta etapa donde el alma en sus niveles más profundos está continuamente en su Morada dentro de ELLA. Los procesos de la plegaria no son complejos sino cada vez más simples. En las primeras semanas empecemos con sencillas y susurrantes palabras, que formularemos espontáneamente: «¡Tú, solamente Tú dentro de mí!», «Tú solamente Tú dentro de mí!». O bien tomaremos un fragmento de los Salmos: «¡Que mi alma suspire sólo por Ti, Señor!». Repetidlas interiormente sin descanso. Para la consciente cooperación de la mente superficial es necesario al principio, antes de la plegaria, sumergirse en el segundo nivel como habitual orientación divina. Cambiad las frases, según sintáis hacerlo, de hora en hora o de mañana a tarde. Si notáis que divagáis u os distraéis, volved una y otra vez a vuestra plegaria. Pero, con el tiempo, la verbalización ya no os será tan necesaria o imperativa.

Al principio, la práctica de la plegaria interna es un proceso de atención hacia las cosas y hacia la Luz interna. La atención y preocupación hacia una de ellas lleva consigo la pérdida de la atención y preocupación hacia la otra. No obstante, lo que se pretende no es alteración sino simultaneidad, mantener la adoración interna en todo momento en una viviente plegaria y mantener al propio tiempo la visión de todas las cosas que ocurren en cada uno de los momentos de la vida. Una larga práctica es verdaderamente necesaria antes de que a la alteración suceda una inmersión simultánea en ambos niveles de conciencia.

Períodos de naciente simultaneidad y de oración resuelta e ininterrumpida van y vienen, a unos lapsos de largos períodos de alternación suceden otros de retorno al glorioso poder. . . El propio Dios trabaja en nuestras almas, en sus más recónditas profundidades, tomando crecientemente control de ellas a medida que nosotros accedemos progresivamente a ser preparados por Su maravillosa Presencia. . . En tal estado no hay éxtasis sino serenidad, una inmovible firmeza en la orientación de la vida. Estamos aproximándonos a aquello que George Fox denomina «hombres realizados».

Pequeños grupos de almas tan plenamente dedicadas y totalmente consagradas, reconociéndose las unas a las otras dentro de la Fraternidad Divina, deben tomar el irrevocable voto de «vivir en el mundo sin ser del mundo», como franciscanos de la orden tercera y, si tal es Su voluntad, mantener el rescoldo de la fe en el seno de este mundo secular.

PLEGARIA

Dios amado, cruza las calles conmigo. Mira a través de mis ojos, habla a través de mis labios, muévete en mis brazos, anda con mis piernas y mis pies. Haz cada vez más sutiles las vestiduras de mi mente y de mi cuerpo que encubren Tu vida y Tu poder, hasta que yo me haya convertido en un lugar transparente y apacible donde Tú seas visible y en el que Tu infinito amor y paz puedan vivir para siempre reconciliados. Amén.

Capítulo 3

La Comunidad Bendita

Cuando nos sumergimos en los mares profundos del amor de Dios, nos hallamos en una nueva y particular relación con algunos pocos de nuestros semejantes. Surge una especie particular de participación de vida y de amor del cual sólo habíamos tenido débiles vislumbres anteriormente. Algunos hombres y mujeres a quienes no habíamos conocido antes, o de los cuales sólo teníamos una vaga noción por nuestras particulares amistades, adquieren de improviso una amplitud y un relieve especiales, como hombres y mujeres a quienes conocemos ahora en sus íntimas profundidades. . .

No solamente hace que nuestras amistades cotidianas sean realineadas, sino también que nuestros amigos espirituales sean vistos bajo un nuevo prisma. Muchas antiguas impresiones de mérito y de valía son confirmadas, en tanto que otras son revocadas. Algunos de los más activos líderes de las iglesias, reconocidos por su eficacia ejecutiva y que las gentes siempre ha admirado, son vistos ahora, a la luz de los Rayos X de la Eternidad, como personas asimismo agitadas, ávidas como las demás y buscadores del propio confort, que nunca han conocido la serenidad y el equilibrio de lo Eterno. La inagotable autodonación de otros conocidos hombres espirituales es debida, lo comprendemos claramente ahora, a un verdadero despertar del Amor eterno en sus corazones, a una ardiente y persistente aquiescencia a hacer todas las cosas por Cristo y a través de Cristo, que es Quien nos fortalece internamente. Nos duele ver en algunos una bien intencionada, pero febril sobreactividad, no enteramente cimentada en las profundidades de la paz y deseáramos que ellos no mancharan la belleza de sus almas a causa de estos impulsos precipitados. Otros vemos en fin que aun cuando no sean eficientes oradores, poderosos financieros, agradables conversadores o miembros de alguna familia influyente, son hombres y mujeres en quienes ha caído verdaderamente el rocío del cielo, que viven continuamente en el Centro y que, en apreciación de madurez interior, comprenden y participan de nuestro palpitante corazón y de nuestro entusiasmo por Dios. Y aunque no estén aparentemente facultados para realizar algún importante servicio en el mundo, ellos tienen para nosotros una absoluta autoridad dentro de la Fraternidad del Amor. . .

La revelación de Dios lleva normalmente a la revelación de la Fraternidad. No creamos esta fraternidad deliberadamente, sino que simplemente la descubrimos y nos sentimos cada vez más inmersos en ella a medida que nos sentimos cada vez más dentro de Dios. Sin embargo, esta Santa Fraternidad, esta Comunidad Bendita es todavía más asombrosa para aquellos

que están en su interior. Pero, ¿puede uno sorprenderse de estar viviendo en Casa? Con una admiración no exenta de respetuoso temor nos hallamos entrefundidos ya con grupos no-oficiales de almas afines. . . Una conversación «casual» entablada en cualquier ocasión nos da cuenta de improviso que hemos establecido contacto con otro miembro de la Comunidad Bendita. A veces nos sentimos así, repentinamente, fundidos con otros seres dentro de un amor cuyos vínculos parecen ser mucho más lejanos que los de aquellos con quienes nos relacionamos desde hace muchos años. Con inmensa vehemencia tratamos de encontrar luego a más de tales amigos y nos sorprende la aparente letargia de los simples «miembros» de la Sociedad. . .

Cuando releemos a los poetas y a los santos, esta Fraternidad es extendida y ampliada. Es así que con un ansia cada vez más apremiante leemos las Escrituras, pero no con pensamientos de piadoso ejercicio, sino con el deseo de hallar más amigos para el alma. Nuestros dedos se deslizan rápidamente sobre las hojas de las Escrituras que contienen todo nuestro conocimiento histórico, centrando el interés en aquellos escritores que vivieron en el Centro, en la Luz y en el Poder. Adquiere un carácter especialmente iluminador nuestra lectura devocional sobre *La Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, *Las Confesiones* de San Agustín o *Práctica de la Presencia de Dios* de Brother Lawrence, que hablan el lenguaje de las almas que viven en el Centro.

PLEGARIA

Te damos las gracias, Señor, porque nos ofreciste la gracia de esta animosa compañía y nos diste la oportunidad de no hallarnos solos en el camino de nuestra salvación. Por la fidelidad de las almas en el Sendero y por su poderosa influencia en nosotros, te alabamos y damos las gracias, Señor. Amén. *Te damos las gracias, Señor, por la fraternidad de las almas en el Sendero. Sin su apoyo y fuerte abrazo apenas podríamos avanzar. Pero, con ayuda de ellas nos levantamos cuando caemos y hallan ellos a su vez en nuestras luminosas revelaciones los soportes de su propia regeneración cuando se hallan vacilantes, así nos animamos y sostenemos mutuamente en nuestro camino.*

Te damos las gracias, Señor, porque nos ofreciste la gracia de esta animosa compañía y nos diste la oportunidad de no hallarnos solos en el camino de nuestra salvación. Por la fidelidad de las almas en el Sendero y por su poderosa influencia en nosotros, te alabamos y damos las gracias, Señor. Amén.

Capítulo 4

El Eterno Ahora y la Responsabilidad Social

El sentido de la presencia, de ternura y responsabilidad que siguen a su despertar

¡El sentido de Presencia! He hablado del mismo como algo oculto en lo imprevisto e inesperado. Recuerdo al respecto a John Wilhelm Rowntree. Acababa de salir del Consultorio de un eminente oftalmólogo quien le había dicho, visto el avanzado estado de su dolencia ocular, que iba a quedar irremisiblemente ciego. Se hallaba apoyado en una barandilla, recogido en sí mismo y pensando en su desgracia, cuando «de improviso sintió que el amor de Dios le envolvía, como si una Presencia inefable le cubriese y le llenara de una alegría indecible, jamás experimentada hasta aquel momento». Una maravillosa coincidencia de aquel amor que le invadía cubriéndole con su eterna estola y consolándole en su desgracia. Yo no puedo relatar ninguno de estos casos de visitación de lo eterno, sino simplemente hablar de su impredecible llegada y de su efímera permanencia. Pero, se trata sin duda alguna de una gracia otorgada a ciertas personas de rica experiencia espiritual para reconfortarlas con lo eterno en los momentos de crisis de su vida temporal. . .

¿Sabéis del interés de Dios por la caída de un simple gorrión? Diréis que no es ésta únicamente la experiencia de Jesús, ni es tampoco una inferencia o relación con el tierno amor de Dios, sino que es el recuerdo de Su experiencia en Dios. Pero, es evidente que hay una ternura natural hacia todas las cosas de la creación, desde la muerte de un gorrión hasta el esclavo azotado por el látigo. La faz dura de un audaz y ávido financiero es tan profundamente conmovedora para la ternura del alma como puede serlo la contemplación de los enrojecidos y abrasados ojos de los hijos de los mineros, víctimas ajenas e inocentes de su propio destino. Hay un sentido dentro de esta terrible ternura del alma por el cual nos sentimos dentro de Dios y se nos permite soportar en nuestras almas estremecidas, las cargas y los pecados, los extravíos y la tragedia de las criaturas del mundo entero, el sufrir con sus sufrimientos y el morir con su muerte. . . una preocupación que particulariza esta cósmica ternura.

En tal sentido de Presencia hay una vasta perspectiva de amor cósmico y de tierno cuidado

por todas las cosas (las plantas incluidas, hablando por sí mismo), pero en primer plano se elevan los objetos especiales de amor y preocupación, de ternura y responsabilidad. Las gentes que nosotros sabemos mejores reconocen frecuentemente lo mucho que hay que hacer en tal sentido, por ello aman de una nueva y más profunda manera. ¡Ah, si nosotros pudiésemos amar así al mundo entero! Y sin embargo, un fragmento especial de este amor se halla ante nosotros implícito en el Ahora Temporal que estamos viviendo, y pone una nota de especial responsabilidad sobre nosotros para nuestro momento presente.

Así pues, tener una responsabilidad implica tener un primer plano y una perspectiva. En el primer plano se halla la tarea especial, iluminada de manera única y hacia la cual sentimos especial dedicación y preferencia. . . Pero, dentro de la perspectiva hay un segundo nivel, o estrato, de responsabilidad universal por la infinita cantidad de cosas buenas que pueden y deben ser realizadas. Nos sentimos inclinados de buena gana a hacerlas todas, pero nuestro servicio activo y eficaz queda diluido en la mayor parte de ellas. . . No podemos morir en cada cruz, ni tampoco creernos indispensables. . .

El recuerdo de nuestros anteriores fracasos puede frenar nuestras actitudes, pero el Eterno ahora nos aconseja: «Emprende esta tarea». Nuestro ahora del tiempo, dice a su vez: «Mira primero si lo que vas a hacer no sería demasiado, siendo todavía tan débil como eres. Es mejor que aplaces esta tarea». Sin embargo, la seguridad del Eterno ahora es evidente, como lo habría sido seguramente para Moisés: «Ten la seguridad de que Yo estaré contigo». Sométete al Eterno ahora y en serena paz y con la intrepidez de la fe perfecta, avanza hacia la milagrosa vivencia. O, en una dirección totalmente opuesta, nuestro ahora del tiempo puede decirnos: «Hazlo. Estas bien preparado para ello. Tu educación y entrenamiento te capacitan, ya sea para enseñar, para predicar, para aconsejar, para guiar o para emprender. Y si tú no lo haces, ¿quién lo va a hacer?». Pero, el Eterno ahora puede argüir también: «Detente: Espera. No confíes en tus fuerzas. No te creas un elegido. ¿No sabes tú que yo puedo convertir estas piedras en hombres mejor capacitados que tú para realizar estos trabajos? . . .»

La responsabilidad social es la Vida dinámica de Dios en el trabajo del mundo, realizado en forma especial, enfática y única, particularizada en cada individuo o en cada grupo que sean sensibles y tiernos dentro de una participación activa de amor. Se trata de una responsabilidad iniciada en Dios, a menudo sorprendente pero siempre santa, pues la Vida de Dios quebrantándolo todo se está abriendo paso a través del mundo. Su ejecución allega paz, poder, asombrosa fe y alegría, pues dentro de su inalterable serenidad, lo Eterno es un trabajo en el seno del tiempo, llevando triunfalmente todas las cosas al Centro de Sí mismo.

Viviendo así dentro de la fe, seguimos adelante, con renovada determinación, y en esta fe persistimos todavía, inalterables, con maravillosa confianza. Porque, si bien lo examinamos, todos los ahoras del tiempo están enraizados en el Eterno ahora que es inmutable Presencia, un océano de Luz y Amor derramándose constantemente sobre un océano de oscuridad y de muerte.

PLEGARIA

Oh, Bendito Compañero, pon en nuestras almas un freno santo por el cual podamos ser frenados cuando sea preciso detenernos y llevarnos adelante cuando sea conveniente hacerlo. Concédenos la gracia de estar atentos a Tu sabia direc-

ción. Haznos dispuestos alegremente a dejar que los demás realicen sus propias tareas y a prepararnos sosegada y perseverantemente para aquellas que nos han sido confiadas de llevar a cabo lo mejor posible. Que podamos realizar estas cosas con mente tranquila, sabiendo bien que el que otorga la tarea es también el que otorga la fuerza para realizarla. Amén.